# Los Primeros Hijos: Antes de que amanezca

Pisando Hormigas

# Capítulo 1

## Primera parte

## Noche sin estrellas

Emu observaba, tumbado, el avance la mañana a medida que el sol iba entrando en la tienda a través de las finas cortinas de lino. Las horas transcurrían, como un péndulo distante y silencioso que lo separaba de todo aquello que amaba. Las horas transcurrían, sin terminar de dejar atrás una noche llena de malos presagios. Porque aunque el sol había salido, le sería imposible sacudirse la oscuridad que albergaba en su interior. La oscuridad de la guerra y de la muerte. La oscuridad del deber por encima de todo lo demás. Pero aún no; el sol había salido, pero aún no estaba en su cénit.

Yeialel se removió inquieto a su lado, soñando, y Emu se estremeció involuntariamente al sentirlo. Los sueños que inquietaban a Yo nunca auguraban nada bueno. Apoyó la frente en su espalda y lo rodeó con los brazos tratando de no despertarlo. Permaneció así un buen rato, hasta que él volvió a agitarse, ésta vez más nervioso. Le apartó un mechón de pelo del cuello y lo besó allí, en el hueco, posando los labios sobre su pulso. Yeialel olía a esa mezcla de extrañas flores que inundaban los alrededores, a todos aquellos jardines que adoraba. Yeialel olía a hogar. Quería tranquilizarlo, decirle que era sólo un sueño. Pero los sueños de Yo nunca eran *sólo* sueños, así que se tragó aquellas palabras y lo estrechó aún más fuerte. Los ojos azules se abrieron y Yeialel se dio la vuelta, buscándolo, acomodando la cabeza sobre su pecho. Emu tenía miedo de preguntarle. Temía su respuesta. Así que se quedó callado.

Ninguno de los dos habló durante aquella última hora. Acariciaba los cabellos blancos de Yo mientras él paseaba las yemas de los dedos por su cuerpo. Despacio, con suavidad, trazando círculos con las formas de la costumbre. Y casi hubiese podido dormirse de nuevo allí, bajo el roce de aquellos dedos. Casi. Pero no lo hizo. Y no lo hizo porque no quería perder ni un segundo durmiendo, aunque fuese a su lado. Tampoco le hizo el amor de nuevo, como deseaba, de esa forma dulce y lenta. No tenía tanto tiempo, y cualquier otra cosa sería un triste sustituto en un momento como aquel, justo después de una mañana perfecta. Algo que emborronaría un bonito recuerdo si no regresaba y Yo tenía que conformarse con recordarlo. Así que simplemente se quedaron allí, abrazados en silencio, dejando transcurrir los minutos. Y cuando se levantó para vestirse Yeialel se dio la vuelta otra vez y cerró los ojos.

Porque no quería verlo partir, y porque no quería que lo viese llorar.

Quería tranquilizarlo, decirle que todo saldría bien. Pero a veces, durante esos largos días, las cosas no salían bien. Así que se tragó

aquellas palabras y salió de la tienda.

* * *

Recorrió el sendero que lo llevaba hasta los viejos frutales. Bajo la luz del día la corteza de los árboles se veía negra y consumida; hueca, como el corazón de su pueblo. Las oscuras ramas alzadas, buscándolo, como ellos mismos cuando alzaban la vista al cielo esperando encontrarlo. Los viejos frutales habían comenzado a secarse, como ellos mismos, desde el instante en el que *Él* se fue. Caminar entre aquellos árboles, que días atrás fueron el símbolo de sus hermanos y el orgullo de su *Padre*, le causaba una inquietud que aumentó al internarse aún más en el bosque. Una angustia que ensombrecía el ánimo y el espíritu y que dejaba muy atrás los tiempos en los que *Él* los había ungido con los aceites de sus frutos. Los tiempos en los que *Él* susurró sus verdaderos nombres por primera vez, entrelazándolos a la melodía de las Primeras Canciones, otorgándoles la vida y la inmortalidad de la carne –y solo de la carne–. Porque todos ellos, su primera progenie, carecían de alma, y por tanto nunca gozarían de la verdadera inmortalidad…

Pensamientos oscuros para días oscuros, cuando la inmortalidad de la carne quedaba atrás bajo el filo de las armas, enterrada en los sepulcros que empañaban el horizonte de los Campos Exánimes hasta dónde alcanzaba la vista. Carne sepultada en el silencio y el reposo de la tierra, a la que retornaban inexorablemente, extinguiéndose, como se extingue la llama de una vela; lenta e implacable. Regresaban a aquella tierra que habían jurado proteger de todo, salvo de ellos mismos. Ellos regresaban a la tierra para siempre, y el hombre regresaba a la carne una y otra vez, en un ciclo interminable. El alma: algo tan preciado, por lo que habían muerto tantos. Y los que aún morirían... El alma había marcado la diferencia; había traído las preguntas y las dudas; había hecho temblar los cimientos de su pueblo, cada vez un poco más agonizante. Pensamientos oscuros para días oscuros…

Había quedado allí con Khara, la menuda amazona. Pese a ser la mujer de su hermano, no había ningún otro lazo entre ambos. No albergaba ninguna simpatía por ella, sentimiento que, a su parecer, era mutuo. Sin embargo ahora no estaban allí por Arikel. Él estaba allí porque era el mejor rastreador, y Khara... Khara era la mejor a secas, puesto que todo lo que desempeñaba era una carrera contra los demás y, especialmente, contra sí misma.

—Llegas tarde —dijo. Y la voz sonó dura, como siempre, sin un atisbo de cordialidad.

Le costaba decidir si lo rechazaba porque estaba al tanto de sus sentimientos hacia ella o simplemente porque rechazaba a todo el mundo sin excepción. Era una mujer de trato adusto hasta cuando estaba con Arikel. No llegaba a imaginar qué era lo que lo había unido a ella, qué es lo que hacía a aquella mujer especial a sus ojos. Claro está que los ojos de su hermano podían ver mucho más allá; su cualidad de lector le obligaba a examinar el interior de los demás lo quisiese o no. Así pues,

algo habría en el interior de Khara para mantenerlos juntos durante tanto tiempo –algo más de trescientos años–. Y eso para Arikel era todo un logro. Generalmente, todos se sentían incómodos en su presencia. Todos evitaban sus ojos grises. Contemplar el interior de otros era un camino solitario.

—Habíamos quedado a mediodía y es mediodía —respondió lacónico—. Si quieres más precisión, la próxima vez sé más explícita.

Salió del sendero sin darse la vuelta para ver si lo seguía y emprendió la marcha a través de los árboles.

La inmensa cantidad de salvaguardas desplegadas en el campamento, que se extendían durante millas por ese terreno abrupto, impedían que se moviesen por medio de la traslación. Desvanecerse en un punto para aparecer en el lugar que su mente reflejaba era mucho más rápido, y el tiempo apremiaba. Pero las protecciones brillaban a su alrededor, como una constelación que podían percibir con claridad bajo la piel. Les esperaba una marcha dura y frenética hasta llegar a una zona despejada y, después de eso, una vez dentro de las protecciones enemigas –las protecciones de sus propios hermanos– otra caminata hasta su campamento. O al menos todo lo cerca que les permitiese el sentido común.

Iba descalzo, así era como se orientaba. Siempre en contacto con la tierra para que ella le indicase el camino. Viridiel les había dicho que estarían entre uno de los tres valles, pero ignoraban en cual. Descubrir su posición era vital para saber por dónde vendrían, y por eso estaban allí. Se detuvo una vez más para hundir los pies en la tierra, siguiendo el rastro de energía que se canalizaba bajo su superficie; la energía que desprendía un ejército. Eran muchos. Muchos más de los que habían imaginado que serían. Podía sentirlos conforme se acercaban, palpitando con esa calma que precede a la tormenta, como un único corazón gigante. *«Pom-pom, pom-pom, pom-pom»*. El sonido de la guerra. El compás previo que marca la cuenta atrás para el alba.

Ya había caído la noche cuando descubrió al primer vigía. Hizo una seña a la mujer para que ella también reparase en su presencia, aunque sospechaba que no veía tan bien como él en la oscuridad. Aquella noche no había estrellas y estaba casi seguro de que la mañana amanecería nublada, como siempre que se derramaba sangre.

Ella asintió. No habían intercambiado ni una sola palabra de más en todo el día. Ninguno de los dos era especialmente hablador por separado, pero juntos... Extrajo una flecha de su carcaj y sopló con delicadeza las plumas del extremo. El astil era de ese metal, brillante y pulido, que únicamente se encontraba allí, en su hogar; el último vestigio de unos dioses olvidados. Estaba completamente cubierto por las familiares runas que adornaban las armas de todos ellos. Runas de muerte. Miró a la mujer estupefacto: no llegaría. Estaban demasiado lejos, estaba demasiado oscuro. Si fallaba lo echaría todo a perder.

Khara besó la punta de la flecha antes de colocarla en el arco. Lo

miró de reojo y le dedicó una sonrisa salvaje que dejaba al descubierto los pequeños y perfectos dientes blancos. Reprimió el impulso de detenerla y la observó. La observó deseando que supiese bien lo que hacía, y deseando que no estuviese dejándose llevar por el orgullo o la necesidad de demostrarle que era capaz. De demostrárselo a sí misma. Inhaló y tensó el arco. Aguantó la respiración y él se dio cuenta de que la aguantaba también. Apuntó arriba, alto. Un segundo, lo que dura un parpadeo, y la flecha estaba en el aire. Y sólo entonces exhaló vaciando los pulmones.

Fue un tiro limpio en el corazón. El hombre cayó sin darse cuenta siquiera de lo que había sucedido. Khara no le inspiraba ninguna simpatía, era cierto, pero tenía que reconocer que sabía manejar un arco. Por eso estaba allí, con ella, y no con ningún otro.

—Vamos —le dijo, haciendo un gesto con la cabeza.

Recorrieron el camino que los separaba del cuerpo sin vida deprisa, sin detenerse o entretenerse. Debían regresar pronto si querían hacerlo a tiempo.

Al llegar al cadáver la conocida sensación de angustia se extendió por su pecho. Tenía los ojos abiertos y se agachó para cerrárselos.

—¿Lo conocías? —preguntó Khara, pillándolo por sorpresa.

—¿Acaso importa?

Los negros ojos de la mujer lo taladraron como si pudiesen traspasar cualquier barrera. Negros como aquella noche sin estrellas. Lo miraba como si ella también pudiese leer en su interior, como Arikel.

—Algún día, Emu, la compasión te matará.

—Algún día, Khara, el exceso de confianza será lo que te mate a ti —dijo devolviéndole una mirada dura. Ella era la última persona que tenía derecho a juzgarlo—. Y si me dan a elegir, prefiero que me mate la compasión a que me entierren con esa losa fría sobre el pecho a la que tú llamas corazón.

La vio sonreír de nuevo, ésta vez con tristeza. O eso le pareció, puesto que era la primera vez que veía aquella sonrisa en sus labios.

—Yo me acepta porque él eligió estar conmigo, Vörj también. ¿Por qué tú no confías en su juicio? ¿Por qué me detestas de ese modo? —le preguntó. No había acusación en sus palabras, constataban un hecho—. Él dice que no es por mi condición, que sólo se trata de mi forma de ser.

—Entonces será eso.

En realidad, nunca le había dado importancia a su condición. Se decía de Khara que era mestiza. No era sólo eso, puesto que de ser cierto… era una mestiza nacida en el Jardín. Sólo los nacidos allí tenían acceso, así que ella, pese a provenir –supuestamente– de un vientre y no de las manos de su *Padre*, podía pasearse libremente por dónde quisiese. Un hecho, de confirmarse, sin precedentes. Y aquello... Aquello no era nada bueno para muchos, especialmente para ella misma. Pero no, el no la despreciaba por eso, simplemente aborrecía su tono condescendiente, su prepotencia y su forma de mirar a todo el mundo por encima del hombro.

—Así me resulta más fácil —susurró Khara, clavando la vista en el

suelo. Y le pareció ver el brillo de una lágrima furtiva. Otro hecho, de confirmarse, sin precedentes.

—¿Cómo?

—Mi forma de ser. Me resulta más fácil mantener a la gente lejos. Lo llevo haciendo tanto tiempo en público que ya no hago distinciones. Él es único que me conoce, no necesito decirle las cosas porque ya las sabe. Piensas que no sé hacerlo feliz, pero estás equivocado.

Se sentía incómodo hablando de su hermano con ella. Se sentía incómodo por el simple hecho de estar a solas con ella. Si lo que había pretendido siempre era que la gente la rehuyera, lo había conseguido con creces.

—No necesitas darme explicaciones, yo no necesito que me las des.

—En realidad no lo hago por ti, lo hago por mí. Y también por él.

Khara conocía bien a su hermano, era cierto, pero él lo conocía aún mejor. Arikel no necesitaba que ellos se llevasen bien. Ni siquiera necesitaba que se llevasen en modo alguno. Ella tenía razón, los demás no la juzgaban, simplemente confiaban en el criterio de Ash. Confiaban en ella porque él lo hacía, y eso era garantía suficiente. En su caso no se trataba de una falta de confianza. Confiaba en su hermano ciegamente, cómo los demás, y por esa razón también confiaba en ella. Pero eso no significaba, ni de lejos, que tuviese que apreciarla. Y así estaban las cosas.

—¿Porqué ahora, después de todo este tiempo? —preguntó intrigado.

—Porque hay algo oscuro en los ojos de Yo cuando me mira… Algo que me impulsa a mirar atrás para ver lo que he ido dejando por el camino.

Pensó en Yeialel, en los sueños que lo inquietaban. Había, ciertamente, algo oscuro en sus ojos. Algo que le resultaría imposible descifrar, de intentarlo. Porque había cosas que era mejor no saber, y Yo lo sabía bien. Por eso últimamente estaba lleno de silencios.

—Tenemos que irnos ya —dijo mirando al cielo.

Siguieron la estela de energía hasta uno de los valles, eliminando otros dos centinelas a su paso. Al llegar al campamento se le hizo un nudo en la garganta: unas pocas tiendas diseminadas era todo lo que quedaba de él. Ya se habían ido. ¿Cómo era posible? El rastro era claro, aún deberían estar allí. Todos.

Buscó con más atención encontrando unas huellas que lo inquietaron. No podía creer lo que veía, algo que había quedado oculto por las salvaguardas hasta que había reparado en ello al cruzarlas. Lo habían hecho; sus hermanos habían abierto las puertas del mismo infierno y se habían llevado lo que quiera que hubiese dentro. Khara lo miraba esperando una respuesta, sin ser consciente de lo que sucedía.

—Ya han salido. El rastro no existe, era un engaño, un señuelo —dijo, tratando de explicarlo—. Hay más, mira.

Señaló las huellas y ella se estremeció ahogando un grito de sorpresa.

—¿Y ahora qué? —la mujer echó un rápido vistazo a su espalda, nerviosa, como esperando que los emboscasen en cualquier momento. Algo que no iba a suceder, puesto que ya no estaban. No tras ellos, al menos.

—Ahora volverás a nuestro campamento todo lo rápido que puedas y les contarás, si llegas antes que ellos, lo que sucede. Si no han ido por el camino que hemos tomado, entrarán por detrás, por las montañas. Díselo. Y corre, Khara.

—¿Y tú?

—Yo lo intentaré... a mi manera.

Volvió a mirar hacia las tiendas, hacia una que había reconocido al instante, y tras despedirse de la menuda mujer con un gesto de cabeza se dirigió hacia allí.

Yeialel estaba en el campamento. *«No te atrevas a pedirme que no vaya»*, le había dicho. Y no se había atrevido, porque Yo no le había pedido nada semejante a él. Porque entendía, aunque lo partiese en dos, que tenía que ir. Y a él le tocaba entender que Yo quisiese ayudar con su don, en lugar de esperar a salvo a que le trajesen los restos. Khara tenía un buen trecho por delante hasta alejarse de las protecciones de la zona y poder desvanecerse, y otro tanto desde dónde reaparecería hasta dónde los demás esperaban. Deseó que fuese rápida, porque si ellos llegaban antes y él estaba lejos... no se perdonaría su estupidez en la vida.

* * *

Algunos salieron a su paso y pese a que eran pocos, eran suficientes.

—No eres bien recibido hoy aquí, hermano —escupió con sarcasmo uno de ellos.

—En ese caso, dile que me reciba por las malas.

Esperó unos instantes hasta que lo hicieron pasar al interior. Él estaba de espaldas, frente al tablero de juego, sosteniendo, pensativo, una de las piezas en sus manos.

—¿Recuerdas aquellos tiempos en los que venías para continuar nuestra partida? —le preguntó, señalando el tablero—. También venías simplemente para conversar. Eran buenos tiempos, aquellos...

—Es porque recuerdo muy bien esos tiempos que he venido hoy, Jeremiel. ¿Qué es lo que has hecho?

Jeremiel... En su día había brillado tanto como los mismos arcángeles, pero sus ideas reaccionarias lo alejaron de la razón y de su círculo. Habían sido amigos. No, se corrigió, habían sido grandes amigos –y durante bastante tiempo, antes de Yo, habían sido mucho más–. De no ser por Viridiel, por quien él sentía verdadera lealtad, ahora estaría de camino al campamento que protegía con su vida, bajo las órdenes de aquel hombre para destruirlo. Bajo su bandera. Pero hoy no lamentó la decisión que tomó en su día pensando en su serafín; no después de que Jeremiel hubiese cruzado la línea de aquella forma.

—He hecho lo que debía para ganar la guerra. He tenido que tomar decisiones mientras todos los serafines parlotean como viejas. Y he decidido que ganar hoy a cualquier precio, siempre es mejor que perder —repuso Jeremiel con obstinación.

—Me cuesta pensar que ya no queda nada del hombre que fuiste en tiempos...

—Es posible, hermano, que seas tú el que haya cambiado. Tu serafín se emparejó con esa humana, tuvo un hijo con ella —dijo dándose la vuelta por fin, dejando al descubierto una mueca de asco—. Y está ese asunto de la mujer... Albergáis a esa mestiza entre vosotros.

Se preguntó quien le habría contado lo de la esposa de Viridiel, puesto que era un asunto que sólo ellos conocían. Ellos y, probablemente... Viktor. Se acercó a la mesa y cogió otra de las piezas del tablero. Habían sido un regalo, todas ellas. Las había tallado para él hacía mucho tiempo.

—Las guerras ya no tienen sentido. Nuestro *Padre* se fue, los arcángeles se fueron. Cada día somos menos, y tú vas a conseguir extinguirnos a todos —lo miró a los ojos, suplicante—. Por favor, Jeremiel, devuelve esas bestias al negro agujero del que las sacaste. No todo es ganar o perder...

—En realidad, Elariel, no tengo elección —dijo con tristeza en voz baja, apartando la mirada.

Él no deseaba esto. No lo deseaba, estaba seguro, conocía muy bien al serafín… Quizá no estaba todo perdido. Levantó la mano y la apoyó en su hombro. Iba a hablar de nuevo cuando un dolor agudo lacerante lo partió por la mitad.

# Capítulo 2

**Segunda parte**

**La sangre de mis hermanos**

Había hecho el camino de vuelta todo lo rápido que dio de sí su cuerpo y a pesar de ello le había llevado casi tres horas. Faltaba poco para que amaneciese. Había tenido que salir del perímetro de protecciones del campamento para desvanecerse y aparecer al borde del suyo propio, recorriendo a pie, de nuevo, el largo trecho de salvaguardas. Cuando vio el pequeño valle salpicado por las tiendas apretó aún más la carrera. Todo estaba tranquilo. No, tranquilo no, se corrigió, el nerviosismo propio de antes de una batalla envolvía cada rincón. Pero aún no había comenzado. Oh, padre, había llegado a tiempo…

Estaba ya junto a la pequeña carpa dónde los serafines se reunían cuando alguien gritó su nombre. Se giró y vio a Yo, dirigiéndose con paso ligero hacia ella.

—¿Y Emu? —le preguntó. Había ansiedad en su voz, aunque trataba de disimularla. Y lo habría conseguido de no conocerlo ella tan bien como lo conocía.

—No ha vuelto conmigo, pero está bien —añadió esto último para tranquilizarlo, aunque ignoraba si era cierto—. Tengo que entrar ahí, Yo, no podemos perder el tiempo...

—Necesito hablar contigo —dijo. Y eso sonó aún peor.

—Después. Hablamos después.

Cerró la conversación siguiendo su camino. Porque era cierto, no tenía tiempo, y porque tampoco quería darle más detalles sobre las decisiones de Emu. Dijese lo que dijese sólo serviría para preocuparlo aún más. En cuanto a lo otro... Bueno, no quería saber lo que él tenía que decirle. Al menos no ahora mismo, con todo aquello encima.

Entró en la atestada tienda y todas las cabezas se volvieron hacia ella, excepto las tres que estaban inclinadas sobre los mapas. Dos rubias y una morena, Vörj, Viktor y Ash. Tardaron unos momentos en darse cuenta de que había regresado, y mucho menos en advertir que había regresado sola.

—¿Dónde está? —preguntó Vörj.

Sus ojos dorados brillaban con intensidad, el ceño fruncido, como siempre que andaba rodeado de problemas, que era su estado natural. No llevaba la armadura propia de los serafines de su círculo, adornada con el emblema de Miguel. No se la había vuelto a poner desde que todos ellos se fuesen. Vestía el sencillo peto negro con el que se lo había visto siempre desde aquel día. *Avdel* estaba enfundada a su espalda, con la brillante empuñadura cubierta por tiras de suave cuero. Viktor, en cambio,

sí la lucía de aquella forma regia y estirada, como sólo él sabía. Aprovecharía cualquier ocasión para dejar patente su rango, y estaba segura de que se alegraba secretamente de que Viridiel no vistiese el oro para que no le hiciese sombra. Sin embargo, por mucho que él se esmerase, y por mucho qué Vörj se cubriese de barro de la cabeza a los pies, seguiría quedando en segundo lugar. Viktor no tenía ni su presencia, ni su carisma, ni mucho menos su temple. Era un hombre envidioso que anhelaba todo aquello que no podía tener. Incluido a su hermano y sus logros. Sin embargo Viridiel no parecía darse cuenta, o no le daba importancia. Lo dejaba pavonearse haciendo gala de unos méritos que nunca estarían a su altura sin prestarle demasiada atención. Y él ignoraba todo aquello, quien sabía si deliberadamente o por verdadero desconocimiento, y lo invitaba a su casa, dónde siempre era bien recibido.

Carraspeó para aclararse la garganta; su explicación fue breve y concisa. Relató todo cuánto habían visto al llegar al campamento, haciendo especial hincapié sobre las sospechas de Emu. Vörj suspiró cansado cuando ella terminó de hablar. Habría maldecido, de estar a solas. Pero no lo estaba, y no exteriorizaría ninguna emoción a parte de las obvias. En lugar de dejarse llevar dio las órdenes pertinentes y desalojó la tienda.

Ella esperó a que todos saliesen, mientras su mano rozaba discretamente la mano de Arikel. Y cuándo sólo quedaros ellos dos, únicamente entonces, se permitió tocarlo abiertamente. Le pasó los dedos por el largo cabello oscuro y él cerró los ojos unos instantes. Sabía que le gustaba aquello, que le acariciase el pelo de esa forma. Sólo con ella tenía esa clase de intimidad. Pese a que el contacto era frecuente entre sus hermanos a él no le gustaba, y ellos se mantenían al margen por respeto a sus deseos. Incluso Yo, aunque le costase verdaderos esfuerzos. Ash cogió su mano y se la llevó a los labios, besando los nudillos como tantas otras veces, aún con los ojos cerrados. Estaba agotado. Agotado del constante bombardeo de información. Saturado entre tanta gente que iba y venía. Apretó su mano con fuerza para darle ánimos, y lo ayudó a ceñirse las hojas curvas a la cintura.

Y así, sin intercambiar ni una sola palabra, salieron de la tienda uniéndose a los demás para recorrer el camino que los separaba del alba. El camino que separaba la vida de la muerte. Y Yo estaba ahí, viéndolos partir en silencio, observándola con los labios fruncidos por las palabras que se había callado.

Se movieron por la vaguada hasta la posición correcta, repartiéndose en ambos lados. Ella subió por la pendiente con el resto de los arqueros, hasta allí dónde tendrían una buena visibilidad.

Y esperaron.

Aún desde aquella distancia, podía verlo. No distinguía su rostro, pero sí la larga melena negra agitada por el viento. Su cabeza pegada a la de su hermano, como siempre, codo con codo. De vez en cuando se volvía y miraba hacia arriba, dónde sabía que estaba ella. Y mientras los minutos

transcurrían de esa forma lenta que precede al caos y a la tempestad, deseó estar de vuelta en casa, con él. Tumbados sobre la hierba del enorme patio trasero, contemplando la salida del sol, ocultándose tras la cortina de su negro cabello mientras Arikel la besaba, sin pensar en nada más, como los niños que nunca fueron.

El cielo fue aclarándose, dejando paso a una mañana turbia y plomiza. Olía a tormenta y a tierra revuelta, como siempre que se derramaba sangre. Y fue durante el transcurso de aquel oscuro amanecer que escucharon el grave sonido del cuerno de guerra, hendiendo el aire como un lamento, preludio de todos los que vendrían después. Y enseguida vieron las primeras siluetas recortadas por la débil luz que las iluminaba, avanzando despacio, como un fantasmal cortejo fúnebre. Y lo que tenían ante ellos se correspondía con las huellas que Emu le había mostrado: Las Plagas.

Iban a la cabeza del enorme ejército que se aproximaba inexorablemente, marcando el principio del final; pues lo que ante ellos se perfilaba era algo que su pueblo jamás había presenciado. Algo distinto a todo lo acontecido anteriormente. Caminaban, algunas erguidas sobre las dos piernas, otras a cuatro patas. Correrían veloces como animales tras sus presas cuando llegase el momento. Cuando les diesen rienda suelta. De apariencia humanoide, sus caras, máscaras grotescas de narices chatas. Caras partidas en dos por las enormes brechas que eran aquellas horribles bocas, siempre abiertas en una sonrisa voraz. Bocas dotadas de afilados dientes y largos colmillos para desgarrar la carne. De apariencia humanoide, puesto que aquellos seres fueron en tiempos sus propios hermanos y hermanas. Aquellos que, al marcharse *Él*, habían perdido su Gracia y habían sido juzgados con severidad tras revelarse. Era necesario, habían dicho entonces tratando de justificarse los que decretaban la sentencia, imponer un orden. Evitar más alzamientos con un castigo ejemplar. Y, ciertamente, lo habían conseguido. Los sobrevinieron las guerras que los mermaron hasta lo que eran ahora, hasta lo indecible. Pero no hubo ni un solo alzamiento más. Ni uno solo…

Porque había castigos peores que el destierro…

Castigos peores que la muerte.

Lo que muchos llaman infierno no es más que otro plano de existencia. Uno de tantos. Uno cerrado con llave... Y abrir aquella puerta era algo que les estaba prohibido. Contemplar el avance de las Plagas era el testimonio de hasta dónde podían llegar las cosas. Y, en aquel oscuro amanecer lleno de sombras, las cosas habían llegado demasiado lejos. Ahora solo quedaba pagar el precio.

Escuchó los susurros de los demás mientras el desánimo se apoderaba de ellos. Rezó al *Padre* para que el serafín se manejase bien con aquellas emociones, lanzándolas contra sus enemigos –sus propios hermanos–. Algunos sucumbirían a ellas y se abandonarían bajo el filo de las hojas, pero siempre quedarían más. Porque era cierto, Emu tenía razón... Realmente eran muchos. Muchos más de los que habían imaginado que serían.

Preparó el arco y dejó de pensar cuándo las órdenes se sobrepusieron a todo lo demás. Inhaló y retuvo el aire en los pulmones mientras apuntaba, esperando. Hasta que llegó el momento y soltó la flecha, dejándola ir, acompañada por las otras, en la primera lluvia oscura de aquella mañana turbia y plomiza.

* * *

Cuando Emu volvió en sí ya había amanecido y la suave luz se filtraba por la puerta de lona de la tienda. No sabía decir cuánto tiempo había pasado desde que perdió el conocimiento... Demasiado, en cualquier caso. Tenía un dolor sordo en la nuca y no podía decidir si se debía a un golpe o a alguna otra causa. Enseguida reparó en que no podía moverse. No porque estuviese atado... Eran ligaduras de otro tipo, sin necesidad de cuerdas y mucho más efectivas.

Habían sido unas voces lo que lo había despertado. Reconoció la de Jeremiel, pero no la otra.

—Te dije que te deshicieses de él. ¿Por qué no lo has hecho? —decía el desconocido.

—Porque por mucho que te guste, no puedes controlarlo todo —respondió la voz de Jeremiel. Sonaba enfadada, casi furiosa.

—Si estuviese con los demás terminaría muerto de todas formas...

Cerró los ojos de nuevo y se quedó inmóvil, tratando de aparentar que seguía inconsciente.

—Yo decidiré lo que hago con él.

—En el fondo... eres un sentimental.

Había cierto toque de burla en aquella voz anónima. Y también desprecio. Escuchó unos pasos que se alejaban, el sonido del roce de la lona de la tienda al moverse cuando alguien salió de ella. Se arriesgó a abrir los ojos y se encontró con los de Jeremiel mirándolo fijamente.

—¿Qué voy a hacer contigo, Emu? —dijo pensativo, casi más para sí mismo que para él.

—¿Qué tal si rompes esto y me dejas volver con mis hermanos? —sugirió, refiriéndose a la energía que lo envolvía como una fuerte tela de araña—. Si a fin de cuentas voy a morir igualmente, te ahorrarías el mancharte las manos...

—Deberías haber vuelto con ellos cuándo tuviste ocasión.

—Vine porque no creía que tuvieses nada que ver con esto. ¿Quién es? Ese hombre... ¿Es el que está al mando ahora?

Vio el destello colérico en los ojos marrones. Sí, pensó, por ahí iba bien...

—Nunca quise que pasase esto. Hasta yo tengo mis límites, Elariel. Sólo que a veces... —dijo, haciendo a un lado la ira para sonreír con pesar—. A veces me dejo llevar.

—Aún podrías ponerle remedio. No es demasiado tarde... Suéltame y te ayudaré.

—Arael... *el León de Dios* —Jeremiel caminó por la estancia, de nuevo ensimismado—. Pensé que si lo dejaba hacer me sentiría menos culpable

cuando todo terminase.

Arael... Había sido uno de los arcángeles. Fue degradado en su día y, aunque no se marchó con los demás, hacía tiempo que no escuchaba aquel nombre. No le extrañaba que los serafines hubiesen perdido el juicio tomando algunas malas decisiones. La presencia de un arcángel, pese a su mácula, los atraía como la llama a las polillas.

—Jeremiel —lo llamó. Y el hombre se volvió hacia él mirándolo realmente por primera vez, como si no hubiese reparado en su presencia hasta entonces—... Déjame hacer lo correcto. Ayúdame, o deja que sea yo el que te ayude a ti.

El serafín caminó hasta Emu y se arrodilló a su lado, moviendo los dedos sobre las invisibles ataduras. Jeremiel, al igual que Yo, era un tejedor. Uno de los mejores. Aunque a diferencia de su hermano, él sí utilizaba sus dones para otros fines muy diferentes y variados.

Se sintió libre de moverse por fin. Tenía los músculos entumecidos y tardó unos instantes en recuperar la circulación en los hombros, que habían estado retorcidos hacia detrás durante todo el tiempo. El dolor de la nuca se desplazó hasta la cabeza en pulsaciones rítmicas, produciéndole una terrible agonía. Intentó levantarse, pero Jeremiel se lo impidió.

—Déjame aliviarte, Elariel —le dijo utilizando su verdadero nombre, como había hecho Emu momentos antes en un gesto íntimo que hacía mucho que no compartían, dejando que la resonancia casi magnética de las palabras vibrase entre ambos. Y cuando lo pronunció sonó como siempre, como un fruto prohibido en su boca, como si no hubiese pasado el tiempo, ni todo lo demás. Colocó las manos a ambos lados de su cabeza y cerró los ojos concentrándose, tejiendo la calma sobre el dolor—. No poseo sus dotes para la sanación, pero esto servirá de momento.

Y se refería a Yo, por supuesto. A él nunca lo había llamado por su nombre. No por el auténtico, puesto que lo ignoraba, si no por el que era comúnmente conocido. Jamás. Porque desde que Yo y él estaban juntos, su amistad con Jeremiel se había enfriado. Porque, aunque había tratado de explicárselo mucho antes de conocer a Yo, Jeremiel no entendió que no desease nada más que amistad tras poner fin a su relación. Contrariamente a lo que Jeremiel creía, Yeialel no había sido la causa de su distanciamiento. Sí, en cambio, su forma de comportarse al saber que había escogido a otro... Y todo eso seguía allí, después de tantísimo tiempo. Después de eones. Seguía allí con el tacto familiar de aquellas manos sobre su cabeza. A veces, las rocas se convertirían en polvo antes de que algunas cosas pudiesen cambiar. Le bastó mirarlo a los ojos de nuevo, cuando él los abrió al terminar, para comprobarlo. Y, una vez más, agradeció que no dijese nada al respecto, porque no había nada que decir.

El dolor remitió y se puso en pie. Salieron de la tienda rumbo a otra de las que había en las inmediaciones. Cuándo los demás lo vieron, Jeremiel alzó la mano y detuvo las protestas antes de que se produjesen. Al pasar al interior un conocido olor dulzón lo asaltó. El olor dulzón y

metálico de la sangre.

Arael estaba de pie dentro de un círculo de runas rojas, murmurando una letanía que sonaba tan lejana como él mismo.

Un arcángel. Aquí. Caminando nuevamente entre ellos.

Tenían que sacarlo de ahí si querían detenerlo de algún modo, puesto que las runas de invocación funcionaban también como barreras una vez dentro. Jeremiel debió considerar lo mismo cuando lo envistió sin pararse a pensar siquiera. Y fue una decisión acertada, decidió, cuándo vio la cara de sorpresa de Arael al caer al suelo fuera del círculo.

Emu se concentró acumulando la energía de su interior, sintiendo las emanaciones de calor a medida que la condensaba. Y cuando Jeremiel consiguió alejarse un poco de él aprovechó para prender la llama, fijando su atención en la cara del hombre. Contempló cómo aparecían las ampollas y se abría después la carne. Agrietándose, resquebrajándose, brillando como si escondiese ascuas bajo la piel. Arael gritó y los miró a ambos con el único ojo por el que aún era capaz de ver; había incredulidad y rabia, y trató de salir desgarrando la lona de la pared de la tienda. Y lo consiguió.

—Deja que se vaya —dijo Jeremiel, sujetándolo del brazo cuándo intentó ir tras él—. Hay que romper el círculo, eso es lo único que importa ahora.

El serafín se puso en pie con dificultad, y pareció que hubiese envejecido un millón de años en aquellos escasos segundos.

* * *

¿Por qué empiezan casi todas las guerras?

Por cosas de las que después, nadie se acuerda…

Respiraba con dificultad, agotada después de varias horas sin descanso. Habían disparado hasta que la corta distancia entre ellos se lo había impedido, hasta que unos y otros quedaron mezclados resultando casi imposible distinguirlos. Llegados a ese punto, bajaron para unirse a los demás. El enemigo, en cambio, había seguido disparando. Pues la primera línea, las Plagas, era totalmente prescindible y mucho más difícil de exterminar. Muchos habían caído bajo las oleadas de flechas del bando contrario, y también bajo aquellas garras que una vez fueron manos. Manos que tallaban, o tocaban instrumentos. Manos que trabajaban estas tierras, teñidas ahora de sangre.

Vörj –Viridiel–, permanecía en el centro, evitando que todo se desmoronase, moldeando oleadas de terror y desesperación a su antojo mientras blandía aquella maldita espada, que brillaba por encima de todas las demás. Concentrado, no solo en darles muerte, sino en despojarlos del deseo de vivir. Todos reconocían la hoja y, por mucho que se escondiese tras el peto negro, también lo reconocían a él. Vörj, con su larga cabellera de león ondeando como una bandera dorada, brillando tanto o más que la propia espada. Miguel se la había entregado en lo que ahora se le

antojaba el principio de todas las cosas. Se contaban de ella muchas historias, pues estaba impregnada tanto de relatos –ciertos o no– como de sangre. Se decía que había sido la primera espada que su pueblo había forjado. Miguel se la había entregado, por orden de su Padre, a pesar de su reticencia a empuñarla. Y por eso debía ser él el que lo hiciese, y ningún otro. Porque el serafín no era un hombre que disfrutase desempeñando su papel, aunque cumpliese su cometido con honor y rectitud. Viridiel, la mano derecha de Miguel. Mano y metal, compartiendo un destino. Y viéndolo allí, brillando en medio de todo, como siempre, no le costaba adivinar porqué, de entre sus hijos, había sido escogido. Porqué había sido tocado por Él de aquel modo, puesto que su don con la espada no era el único que poseía. El verdadero don del serafín era el poder que ejercía sobre las emociones, algo que tenía efectos devastadores en el campo de batalla, dónde éstas se hallaban sobre la piel. Su taciturno estado de ánimo se mezclaba con el eco de la tormenta. La controlaba atrayéndola; una tormenta de caos y pesar llena de lamentos, que había roto en innumerables ocasiones las defensas enemigas, entretejiendo aquella oscura melodía que los arrastraba a todos. La atraía, mientras el filo de Avdel, *servidor de Dios*, se hundía en la carne una y otra vez.

Pero nada parecía resultar efectivo contra las Plagas, que se introducían dentro de sus filas como un tumor imposible de extirpar. Era mucho más complicado terminar con ellas que con sus hermanos, puesto que, una vez desterradas, ya no obedecían a sus leyes, ni a las de las runas grabadas en el filo de sus hojas. Hasta que, cuando las cosas se empezaron a poner difíciles de verdad, simplemente desaparecieron, dejando una estela de incredulidad tras ellas.

La alegría duró poco: ya habían provocado la destrucción suficiente como para desequilibrar la balanza. Avanzó en busca de Vörj y de Ash, que permanecían juntos aún, como siempre, hasta el centro. Hasta las primeras líneas. Y allí sudaron y sangraron los tres, con el resto de sus hermanos. Un buen rato después perdió de vista a Ash cuando él se alejó por el flanco con algunos más para reforzarlo. No saber dónde estaba la inquietaba, pero tampoco podía ir tras él en un intento de localizarlo de nuevo, ni siquiera podía pararse a pensar demasiado en ello. Sólo en tratar de hundir los estiletes en el mayor número de cuerpos posible antes de que todo terminase, de una forma o de otra.

Mantener la posición había sido el objetivo durante toda la jornada. Habían aguantado bien... un tiempo. El valle era estrecho, y pese a que los superaban en número, no los dejaron pasar fácilmente. Sin embargo, las incontables bajas, el agotamiento y la incesante marea en movimiento que sustituía siempre a los enemigos caídos, hacía mella en todos ellos. El otro flanco no tardó en desmoronarse, y fue por ahí por dónde entraron sin piedad. Fue por ahí por dónde comenzó el principio del fin. Buscó con angustia la oscura cabeza de Arikel, intentando distinguirlo entre el caos, encontrándolo no muy lejos de ella manteniendo lo que quedaba de sus defensas. Se debatió entre quedarse en el frente o ir a su lado, hasta que Vörj le hizo un gesto indicándole que permaneciese con él, terminando así con sus dudas. Y lo daban todo por perdido cuando el sonido del cuerno

volvió a rasgar el aire. Y escucharon un segundo toque siguiendo al primero. Y contemplaron, estupefactos, como comenzaron a replegarse.

Pensó en Emu. Había pensado en él varias veces a lo largo de la funesta mañana, preguntándose qué estaría haciendo y a qué habría querido referirse exactamente con aquello de *«intentarlo a su manera»*. Y supo que, de alguna forma, lo había conseguido. Miró a su alrededor, mientras sus hermanos gritaban de alegría, y poder contemplar el espectáculo dantesco que los rodeaba casi la hizo gritar también, aunque no por los mismos motivos que gritaban ellos. A su alrededor se extendía la desolación hasta dónde alcanzaba la vista; el valle entero estaba teñido de rojo, salpicado de cuerpos, de unos y de otros. Como siempre. Las oscuras nubes se movían deprisa, trayendo la tormenta que descargaría sobre todos en cualquier momento. Aunque ahora ya no podía olerla, el hedor de la sangre tapaba todo lo demás. Observó a Vörj, y tampoco vio síntoma alguno de alegría en él. Iba a volverse en busca de Ash cuando algo la clavó al suelo de golpe. Vio la sorpresa y la alarma en el rostro del serafín, abriéndose camino entre toda aquella suciedad y sangre reseca.

Y entendió.

Uno de los rezagados arrojó una lanza sobre ella con una puntería perfecta, atravesándola de lado a lado. Se había despistado unos segundos; a fin de cuentas, su exceso de confianza sí la había matado. Allí estaba expuesta, y casi todos la consideraban una abominación, los demás círculos la despreciaban y la odiaban... a pesar de que nadie le había preguntado jamás si la historia que se contaba era cierta. Simplemente la dieron por sentada. Hasta aquellos por los que hubiese dado la vida a lo largo de esa mañana turbia recelaban de ella. Y ahora, despistarse tan sólo unos segundos, la había convertido en presa. Esa noche alguien contaría a los demás cómo había terminado con la mestiza que soliviantaba los ánimos de unos y otros. Quiso reírse imaginando un buen puñado de ojos brillantes admirados, pero únicamente un estertor sangriento se escapó de sus labios.

No había dolor. Sólo la imperiosa necesidad de dejarse llevar, como una hoja arrastrada por el viento. Muchas veces se había preguntado cómo sería y ahora ya conocía la respuesta. Se alegró de ser ella la que se fuese primero, de no tener que sobrevivirlo a él. Y también se alegró, al verse reflejada en los dorados pozos del serafín, que trataba de sostenerla para liberar la lanza de la tierra, de no ver el terror de la certeza en los ojos grises de Arikel. Grises, como la tormenta que estaba a punto de descargar, pensó. Nunca le habían gustado las despedidas. Y recordando el suave tacto de su cabello cuando lo acariciaba, sonrió una última vez.

Y se dejó llevar. Como una hoja arrastrada por el viento, se dejó llevar.

Khara murió en paz, tranquila, de una forma completamente distinta a cómo había vivido, justo cuándo las primeras gotas comenzaron a caer sobre la hierba teñida de rojo.

# Capítulo 3

## Tercera parte

## Tregua

No había dejado de llover en tres días. La tormenta se había desatado con fuerza, obligándolos a retirar los cuerpos con rapidez para que el agua que bajó por el cauce, dónde habían combatido, no los arrastrase. Siempre era así, siempre llovía después. Era como un vano intento por limpiar la mancha de lo que habían hecho. Como si su Padre los viese y llorase, allá dónde estuviese. O simplemente la naturaleza se veía influida, hasta ese punto, por el ánimo general.

Los funerales serían por la noche, ese mismo día. Les darían sepultura en la tierra, como dictaban sus costumbres. Reposarían por fin en las oscuras fosas tras esos tres días, tras haber cumplido con todos los ritos funerarios. Cada cual se encargaba de sus muertos, lavando sus cuerpos, cosiendo sus heridas –que ya no se cerrarían por sí solas–, ungiéndolos con los aceites y cubriéndolos con los blancos linos para velarlos hasta concluir, envueltos por el humo y el aroma dulzón de los inciensos. Recitarían las palabras, justo a media noche, seguidas de las canciones fúnebres. Todos cantarían, como cuando dio comienzo la Creación, para despedirse de sus hermanos. Para recordarlos. Todos menos él. Emu nunca cantaba en los sepelios. Nunca. Y por último, regresarían a la tierra por la que habían sangrado y dado sus vidas, sepultados mirando al norte, perdidos en el mar de tumbas sin nombre.

Khara reposaría allí, en una de ellas, rodeada de aquellos que la habían despreciado. Estaba más que seguro de que esa idea destrozaba a su hermano, que hubiese preferido llevársela lejos y hacer las cosas a su manera.

No lo habían visto desde que todo terminase. No había vuelto a la casa que compartía con ella, ni estaba en ninguno de los lugares que solía visitar. No había velado su cuerpo, ni había participado en los rituales que rodeaban a la muerte. Viridiel había ocupado su lugar haciéndose cargo de todo en su ausencia. Por eso, cuando apareció momentos antes de sacar el cadáver, todos se sorprendieron al verlo.

Tenía los ojos hundidos y su rostro era una máscara pétrea de dolor. Ni siquiera se había molestado en cambiarse de ropa, aunque se había lavado para entrar. No les dirigió ni una mirada, fue directo hacia el altar de mármol dónde descansaba ella. La habían preparado sujetando sus armas, según sus tradiciones. Él se las quitó con cuidado, cambiando los estiletes de la mujer por sus hojas curvas. Después, había puesto su frente sobre la de ella, apretando los labios y los puños hasta que se volvieron blancos.

No la besó, ni le dijo palabra alguna.

Todos se sintieron de más, pero no se abandona un velatorio hasta que éste concluye. Salió de allí pocos minutos después, tal y como había entrado, con paso firme y decidido, sin mirar a sus hermanos a la cara. Yeialel trató de ir tras él, pero Vörj se lo impidió sujetándolo del brazo.

—No. Necesita estar a solas.

Yo lo miró suplicante. No había cesado de llorar en el transcurso de aquellos tres días, al igual que la lluvia no había cesado tampoco. Emu lo abrazó y él se refugió en su pecho, aferrándose con fuerza, como si de una inexistente tabla de salvación se tratase. Porque nada ni nadie podía ayudarle.

—Emu...

—Lo sé... —lo estrechó aún más como si eso fuese a aliviarle, porque era lo único que podía hacer.

—A veces tengo la sensación de que el mundo que conocemos se vuelve cada vez más frío y ajeno… —susurró Yo con la voz rota, haciendo eco de las primeras palabras que él pronunció el día en que se conocieron. Palabras que aún resonaban a través de los límites del tiempo, especialmente cada vez que enterraba a un hermano.

Yeialel había sabido lo que iba a suceder. Lo había visto en su sueño. Supo que Khara moriría. Arrastraba la oscuridad de su muerte como un fantasma arrastra sus cadenas. Se culpaba por no haber dicho nada, por no haber hablado con ella cuándo pudo hacerlo... Y nada de lo que él le había dicho lo hizo sentirse mejor. La certeza absoluta no existe, y no había exactitud alguna en aquellos sueños. Si hubiese hablado con la mujer podría haber tomado decisiones que la hubiesen conducido a morir, quizá, de otra forma. Y entonces se culparía por haberla advertido. Además... ella había expresado en muchas ocasiones su deseo de no conocer nada respecto a su don de la visión. Ni sobre ella, ni sobre los demás. El camino de Yeialel siempre estaba lleno de sufrimiento. Siempre en la duda, decidiendo o interpretando. Barajando multitud de alternativas. Y al final, el destino de todos parecía estar sellado. Era un absurdo culparse por lo que decía y por lo que callaba. Cuando la muerte te busca, es muy posible que termine encontrándote.

Vieron de nuevo a Ash a lo lejos, durante el sepelio. No se acercó. Simplemente permaneció allí, de pie, escuchando la desgarradora voz de su hermano una vez más. La última vez que Viridiel cantó fue mientras el fuego devoraba los cuerpos de su mujer e hijo, hacía tan solo diecisiete años. Y ahora todo se repetía de nuevo... Salvo que ninguno sabía bien cómo comportarse con él. Ni siquiera Vörj, que sufría un auténtico calvario al no poder consolarlo en modo alguno. Arikel no exteriorizaba el dolor de la misma forma. No se refugiaba en ellos. No lloraba. Lo estaba guardando todo dentro y no podían evitar preguntarse por dónde terminaría saliendo.

Y así la sepultaron, a medianoche, con el olor dulzón de los óleos y los inciensos. Con todas las honras propias de un hermano. Y a pesar de

su relación poco amistosa, Elariel la lloró también. Y lo hizo de corazón. Por él mismo y también por Arikel, que no fue capaz.

* * *

Se reunieron, tras el mes de luto por todos los caídos, para tratar los asuntos importantes que habían dejado en el aire. Se pactó una tregua entre ambas partes dónde se acordó no inmiscuirse en los asuntos humanos; respetarían el libre albedrío que les dio su *Padre*, puesto que esa fue su última voluntad antes de irse. Y nadie habló de castigos, puesto que lo que habían hecho permanecía en las mentes de todos ellos y era ya castigo suficiente. Tardarían mucho tiempo en hacer a un lado la vergüenza. Se había llegado a la conclusión de que lo mejor era formar un consejo superior dónde limar las asperezas antes de que se les fuese de las manos. Emu estaba seguro de que no tardarían en reunirse, porque siempre parecían tener asperezas que limar. Quería pensar que las cosas cambiarían, pero no se sentía optimista al respecto.

Se encontró con Jeremiel cuándo se dirigía al estudio que Vörj ocupaba en el recinto del consejo de su círculo.

—¿Has ido a verle? —le preguntó incrédulo. Viridiel y su *"mentalidad abierta"* en relación a todo lo humano no eran santo de su devoción.

—Así es.

—¿Para qué? —la incredulidad dio paso a la suspicacia...

—Quería hablar con él personalmente —Jeremiel parecía molesto. Había que reconocer que la tregua se había firmado prácticamente gracias a él y a su labia; a su discurso grandilocuente y a su arrepentimiento público. Jeremiel tenía el don de la palabra pero aquello era, sin lugar a dudas, lo más difícil que había hecho en su vida… Porque a pesar de que no era el único de los serafines que habían apoyado a Arael, era el que más a pecho se lo había tomado. Estaba inmerso en su penitencia, y nada resultaba suficiente—. Está de un humor terrible, por cierto.

—¿Qué vas a hacer ahora? —ignoró el último comentario, puesto que conocía de sobras el humor de su hermano en los últimos días.

—Ahora, Elariel, expiaré mis pecados —respondió con sorna—. Me marcho, ya no tengo derecho a decidir por nadie más. Viviré entre *ellos* lo que me reste de vida, y espero que sea mucho, porque solo el Padre sabe lo que me repugnan.

Lo miró atónito cuándo dejó de hablar. Con *"ellos"* se refería a los humanos, por supuesto. Lo imaginaba intentándolo y no sabía si sentir lástima o diversión –ni si sentirlo por ellos o por él–. Aunque, por otro lado, la humanidad los cambiaba... De alguna forma hacía que entrasen en contacto con otro tipo de emociones, enterradas bajo eones de largas vidas. Vidas violentas, generalmente, poco acostumbradas a sentir algo ya que no fuese el deseo de aniquilarse a sí mismos o a los demás. Habían llegado a un punto, incluso, en el que algunos de ellos parecían haber carecido por completo de emoción alguna. Posiblemente, y dejando a un lado lo cómico de la situación, Jeremiel encontraría la experiencia

enriquecedora en algún momento. Aunque le costase cien vidas llegar a esa conclusión, no era una mala idea.

Recordó cuándo él mismo compartía aquella forma radical de ver las cosas. En la tienda Jeremiel había tenido razón en algo: era cierto, había cambiado. Vörj se empeñó en que conociese a su mujer humana, en que pasasen tiempo juntos. Su visión sobre ellos había cambiado. Seguía detestándolos, igual que detestaba a su propia especie porque, para él, seguían siendo idiotas que siempre desaprovecharían el regalo que su Padre les había hecho. Pero ahora podía hacer excepciones, como las hacía con su propia especie. Esa había sido la lección que Viridiel le había mostrado. Le había enseñado a pensar que no todo es blanco o negro, y también a comprender y empatizar con los demás... Y cuando Eydís murió también la lloró a ella, aunque no fuese de los suyos.

Miró al hombre que tenía delante: sí, él también sería capaz de aprender, aunque le costase más.

—Ve en paz entonces, Jeremiel —le dijo antes de seguir su camino—. Y espero de corazón que encuentres lo que buscas.

Él agachó la cabeza a modo de saludo, con esa seguridad en los ojos de quien sabe que aquella era la última vez. La última vez que se veían.

A veces, echando la vista atrás, pensamos en qué hubiésemos dicho de saberlo. Cómo nos hubiésemos despedido. Emu sentía esa certeza en cada poro de su piel, pero no supo qué añadir. Las palabras se le escaparon una a una, dejándolo a solas en la oscuridad del tiempo perdido.

Vörj estaba de espaldas cuándo entró, los hombros hundidos por la tensión y la cara entre las manos. No se giró al oír sus pasos ni cuando cerró la puerta tras él. La gran mesa de madera estaba partida en dos por una grieta profunda. Mal asunto, sí. Tal y como sospechaba… mal asunto.

—Se ha ido —lo escuchó decir en voz baja. Y supo inmediatamente de quién estaba hablando.

—¿Cómo que se ha ido?

—Se ha ido —repitió—. Ha escogido otro camino. El camino de la caza.

Se le encogió el corazón. Sabía que Ash necesitaba tomarse un respiro, pero no aprobaba aquella decisión. No en su estado actual. Los cazadores eran seres solitarios, vigilaban las fronteras de ambos mundos asegurándose de que las reglas se cumplían. Ninguno de los que se había ido había vuelto jamás. La soledad tenía extrañas consecuencias para ellos; cuanto más tiempo pasaba, menos necesitaban de los demás. Quedaban desvinculados de todo y de todos y lo hacían voluntariamente. Arikel quería estar solo, pero le preocupaba que la razón fuese el deseo de ir en busca de la muerte para seguirla a ella. Estaba vacío, sin razones para vivir, con el peso de los años sobre los hombros. Y eran muchos años los que llevaba encima...

No supo qué decir. La relación que Vörj y Ash tenían era especial, distinta a la que compartían con el resto. Mucho más profunda y compleja.

Yo y él lamentarían su marcha, muchísimo. Su ausencia era inconcebible. Pero para Vörj... esto suponía un duro golpe del que tardaría en recuperarse.

Su hermano se dio la vuelta por fin, sentándose en el sillón; observó la mano hinchada y los nudillos descarnados que empezaban a cicatrizar lentamente. Estaba rota, como él.

—¿Quieres que le diga a Yo que pase a echarte un vistazo? —le preguntó señalando el desastre.

—No. Quiero que me duela, ya se curará.

Tomó asiento moviendo otro de los sillones para estar más cerca.

—¿Cómo vas a llevar éste asunto?

—Si pudiese emborracharme hasta dejar de verme los pies, te diría que es así como lo voy a llevar.

—Dado que eso no es posible, al menos más de cinco minutos seguidos... ¿cómo vas a llevar éste asunto?

—Beberé mucho y muy deprisa —suspiró, dejando caer la cabeza sobre su mano sana y cerrando los ojos.

—Así no vamos a avanzar... —Emu se acercó más, apoyando la suya en su nuca, apartando la cascada rubia que eran sus cabellos.

—Yo también me marcho, Emu. Lo he estado pensando mientras ese idiota parloteaba —dijo, refiriéndose a la visita de Jeremiel—. No tengo ganas de seguir aquí, solucionando los problemas de todos.

La decisión no le pilló por sorpresa, de algún modo la esperaba. Y tras aquellos días taciturnos, le parecía la mejor opción para él.

—¿Y esto? —le preguntó, haciendo un gesto que abarcaba la estancia.

—Viktor es la mejor alternativa. Él estará dispuesto, claro, pero aún no se lo he comentado —Vörj levantó la cabeza y lo miró, esperando a que pusiese alguna objeción. Como no lo hizo, siguió hablando—. Cuando acepte... iré a ver al consejo y renunciaré.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres, Viridiel? —dijo cogiéndole la mano herida y apretándola con fuerza hasta que él dejó escapar un grito de dolor.

—Sólo sé que no quiero saber nada —convino de mala gana devolviéndole el apretón.

—En ese caso, hermano, tengo algunas ideas sobre lo que vamos a hacer.

—¿Vamos? — Vörj lo miró con interés desde sus dorados ojos de león.

—No pensarás que te vas a ir solo, ¿verdad? —Emu levantó la mano cortando la réplica de raíz—. Iremos a tu casa, contigo, Yeialel y yo. No has vuelto desde que ella murió y está hecha un desastre... Ya no queda nada del hogar dónde quisiste que alumbrase a tu hijo. Ahora tiene más de cuadra que de vivienda, he estado allí y me mata verla así.

—Estar allí sólo me trae malos recuerdos...

—No todos son malos recuerdos, Vörj, y a veces recordar nos mantiene vivos. Y los que ya no están pueden vivir también a través de nosotros de ese modo —le dijo, palmeándole la espalda con afecto—.

Trabajar allí te vendrá bien, lo sé.

—Me siento perdido sin él... —la tristeza que encerraba aquellas palabras le hizo un nudo en el estómago—. Me siento... débil.

—Necesitar a los demás no nos debilita, nos hace más fuertes.

Las cosas se iban a poner difíciles. Ahora Vörj estaba furioso, con Ash y consigo mismo. El peso de la ausencia aún no había hecho mella en él. Pero lo haría. Muy pronto se daría cuenta de verdad de lo que significaba no volver a ver a su hermano... Imaginó cómo se sentiría si perdiese a Yo y la sola idea bastó para que la bilis le subiese a la garganta. Se alegró de estar ahí para él, de nuevo. De poder devolverle, de algún modo, algo de lo que su hermano le había dado durante todo ese tiempo.

Porque sí, las cosas se iban a poner difíciles... Habría tregua para su pueblo, pero para el serafín –para ellos– se avecinaban tiempos oscuros.

* * *

Contempló su reflejo en el espejo: no reconocía a la persona que le devolvía la mirada tras él a pesar de que tenía su cara. Nunca había necesitado dormir demasiado, pero últimamente era lo único que hacía. Dormía con la esperanza de volver a verla y ella nunca lo defraudaba... Siempre tenía el mismo sueño; Khara le acariciaba el cabello mientras él cerraba los ojos y descansaba entre sus brazos. Descansaba de las imágenes que se imponían en su mente, de las mentes de los demás, de la guerra, del dolor –el ajeno y el propio–. Las manos de Khara en su pelo siempre conseguían que se olvidase de todo. Y cuando abría los ojos, solo veía amor en los suyos. Esa forma en que ella lo miraba, sin tratar de ocultarle nada, aceptando de buena gana el contacto de sus mentes. Después la lanza la atravesaba y ella moría otra vez. Aunque en sus sueños era él el que la sostenía. Y entonces despertaba y sólo quería volver a dormir para empezar de nuevo.

La había pintado antes de irse, una y otra vez, desesperadamente. Como si, de algún modo, aquello pudiese devolvérsela. Y había quemado todos los lienzos, porque ella ya no estaba. Todos menos uno. La había pintado en los brazos de su hermano momentos después de que se desplomase en el suelo. La había visto caer... Y volvía a ver aquella imagen grabada a fuego en su mente cada vez que cerraba los ojos.

Solo había otra persona en el mundo que lo mirase de ese modo, y se había despedido de los dos.

Se miró en el espejo: no, no se reconocía en él. Era únicamente una sombra, y en la sombra viviría. Le había costado un infierno romper el vínculo con sus hermanos. Había sido doloroso, como una amputación. Pero, a fin de cuentas, desvincularse era una amputación. Porque se sentía mutilado, como si le faltase una parte de sí mismo. Ya no sentía los pulsos acompasados latiendo bajo el suyo. Ahora estaba solo. Terriblemente solo y vacío. Para bien o para mal, había tomado una decisión con la que viviría el resto de su vida.

Su Padre los creó a todos unidos en un vínculo común. Tejió una intrincada red con sus esencias, dónde siempre estuviesen en contacto los unos con los otros. A través de esa unión percibía a sus hermanos, pero el vínculo también les otorgaba poder, o la oportunidad de extraerlo de ese conjunto de energías. Él lo había roto, había arrancado su hilo de la madeja rasgándolo, dejando parte de su divinidad en el camino. Ya no sentía la presencia de los demás, ni podía servirse de sus esencias. Por eso los cazadores se tatuaban las runas de poder en su cuerpo, para tratar de remendar y sustituir la fuente principal de sus vidas. Y se conseguía, en parte. Pero hay cosas que una vez rotas no tienen arreglo… En su interior lo sabía, ese vacío sordo y hueco que resonaba en su pecho, como el tañer de una campana fúnebre, se lo insinuaba.

La piel bajo la tinta de los antebrazos y el pecho le escocía aún. Las runas habían quedado perfectas. Sólo le quedaba una cosa por hacer... Extrajo el estilete de su funda y se hizo un corte profundo en la palma de la mano. Ahora sus heridas ya no se cerrarían sin dejar marcas. Ahora cicatrizaría. Y aquella era la primera de muchas, la más importante. Era la que le recordaría que las cosas habían cambiado y que nada volvería a ser como antes. Porque recordarlo era importante… Podría aferrarse a eso cuando todo lo demás se diluyese con el paso de los años; a ese momento que le haría regresar al punto de partida cuando se desmoronase. Cuando se preguntase porqué necesitaba estar solo… Y terminó agarrando un mechón de cabello y cortándolo desde abajo. Y siguió con el resto hasta que no quedó ya nada más que cortar indicando así, desde ese instante, que él también estaba muerto para los demás.

No soportaba sentir sus manos en el pelo cuando estaba despierto porque eso le hacía pensar que estaba a un paso de la locura, que el frío que sentía en su interior se extendería devorándolo todo a su alrededor, hasta que ya no quedase nada. Nada de lo que había sido. Porque cuando estaba despierto, el dolor lo desgarraba por dentro como si le hubiesen arrancado el corazón del pecho y un negro abismo se abría a sus pies. O quizá era tan solo una prolongación de esa aridez que arraigaba en sus entrañas congelándolas. Hasta que llegase el día en que el frío lo adormeciese del todo y dejase de sentir… Como una de esas extrañas y silenciosas melodías que acompañan al ocaso de una civilización antes de que desaparezca, convirtiéndose en un murmullo, en una sombra discordante del pasado que nadie recuerda. Porque deseaba sentir sus manos en el pelo aunque eso lo volviese loco. Porque estaba muerta. Muerta. Khara estaba muerta, y él había enterrado una parte de sí mismo con ella. Una esencial; la que lo mantenía conectado al mundo.

Y ya nada importaba.

# Capítulo 4

## APÉNDICES: Cenizas a las cenizas

Yeialel miraba desde lo alto del muro de las Fuentes de Plata. Había pasado allí toda su vida y nunca, hasta hoy, había sentido esa necesidad urgente de saltar al otro lado. Sí que subía allí muchas veces, algo extraño entre los querubines, puesto que ninguno había mostrado tales inquietudes. Pero hoy no era un día cualquiera; hoy sus hermanos habían salido del Jardín, y muchos de ellos no regresarían ya. La guerra estaba a punto de zanjarse de la forma más horrible. La primera de muchas otras que la seguirían… Demasiadas como para contarlas.

Miguel los había llamado a todos antes del alba, susurrando sus nombres uno a uno. Ellos le habían seguido, porque era eso lo que él esperaba que hiciesen. Los había visto partir, cabizbajos, sin volver la mirada atrás, siguiendo aquella espada flamígera que iluminaba el camino. Miguel, rodeado de sus serafines y, tras ellos, sus hermanos y hermanas, avanzando en silencio, rompiendo la quietud de la noche. Y el día amanecería tan gris como sus corazones.

Todos escuchaban los lamentos del *Padre* que no quería perder a ninguno de sus hijos. Pero así era la guerra, le habían dicho algunos. Y muchos de ellos no regresarían ya. Dos veces antes otros se habían revelado y habían sido expulsados, pero no habían empuñado las armas. En cambio ahora, ésta vez, se habían negado a obedecer. No habían acatado su castigo, porque pensaban que no merecían ninguno. Así que las cosas se solucionarían con violencia.

Miró atrás y contempló a sus hermanos querubines, jóvenes, como él mismo, pero ajenos a todo. No habían escogido aún sus formas definitivas, todos ellos inocentes. Se bañaban en las Fuentes y cantaban porque no habían visto partir a los demás, y las nubes no oscurecían el cielo allí, que seguía siendo de un azul brillante, como siempre. Ellos no sabían nada de lo que sucedía al otro lado, y de ése modo su *Padre* los protegía de todo. La guerra jamás llegaría hasta allí, y el horror nunca los tocaría. Vivirían felices en su ignorancia, inocentes, tal y cómo se esperaba de ellos. Los niños eternos.

Y por primera vez se sintió fuera de lugar.

Había soñado que saltaba el muro. Había soñado que buscaba algo. Que lo buscaba desesperadamente.

Así que saltó. Salió descalzo hacia los Campos Antiguos. Había recorrido ese camino únicamente en sueños y, a pesar de ello, sólo tuvo que seguir la estela de amarga aflicción que sus hermanos dejaron al

pasar.

Caminó descalzo durante mucho tiempo, tanto que no supo decir cuánto. Caminó hasta contemplar los primeros cuerpos, atravesados por las brillantes lanzas, o pasados por la espada. Sus bocas abiertas en gritos mudos, los de un bando y los de otro, juntos ahora en la muerte. Y observó a los que quedaban cavando tumbas. Y había muchas. Siguió el rastro de cuerpos inertes y columnas de humo, con un nudo en la garganta y los ojos anegados en lágrimas. Siguió hasta distinguir una figura solitaria recortada en el horizonte, y fue hacia ella. Y cuando se acercó lo reconoció de inmediato, aún sin haberlo visto nunca. Lo reconoció, y recordó su nombre; su nombre verdadero, porque le había sido revelado mientras dormía. Y supo que era a él a quien había estado buscando desesperadamente.

Se hallaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y las manos reposando sobre sus rodillas. Unas manos delicadas, de largos y elegantes dedos. Unas manos que nunca deberían empuñar una espada. Su cabello era tan rojo como el fuego y el viento lo azotaba impidiéndole ver su rostro. No levantó la vista, estaba perdido en sus pensamientos o quizá, perdido sin más, rodeado de cadáveres carbonizados. Y se sentó junto a él, deslizando su mano en la del extraño, enredando los dedos en torno a los suyos, como si siempre hubiesen estado así. Y él no dijo nada. Siguió mirando los cuerpos con ese mudo lamento que arraigaba en sus entrañas.

Y pasaron las horas. Apoyó la cabeza en el hueco de su hombro, donde encajaba perfectamente. Y esperó.

—A veces tengo la sensación de que el mundo que conocemos se vuelve cada vez más frío y ajeno —dijo el extraño rompiendo el silencio por fin—... Hoy he dado muerte a mis hermanos. Les he dado muerte por pensar lo mismo que yo pienso.

Y él no supo que contestarle, así que no dijo nada. Y lo abrazó con fuerza esperando que fuese suficiente. Pero no lo era.

Y cuando se hizo de noche y los demás llegaron para llevarse los restos, el extraño se puso en pie y le tendió la mano. Y por primera vez vio sus ojos, brillantes como ascuas. Ojos cobres. Unos ojos que había visto antes, en sus sueños. Y cogido de su mano volvió al Jardín. Y no quiso entrar en las Fuentes de Plata, ya no podía. Porque había visto la muerte y ya no era inocente. Así que siguió al extraño hasta sus estancias, dónde lo ayudó a lavarse la sangre. Le frotó la cara, y el torso, y esas manos delicadas que no estaban hechas para empuñar un arma. Y lo cubrió de besos esperando que fuese suficiente. Pero no lo era.

Y nunca antes había besado a nadie, ni lo había tocado tan íntimamente. Ni había sido acariciado como lo estaba siendo ahora. Y sintió como su cuerpo tomaba formas al fin, inesperadamente, bajo el roce de aquellas manos. Y tomó las formas que vio reflejadas en sus ojos cobres. Y él le sonrió, y lo amó de una forma extrañamente dulce que le gustó más de lo que jamás hubiese imaginado o deseado. Y pronunció su

nombre percibiendo el familiar tirón bajo la piel y él se estremeció al reconocerlo en sus labios, pero no se sorprendió. Pensó en sus hermanos, que nunca padecerían el dolor de una pérdida, pero que tampoco amarían de verdad, y sintió una profunda lástima por ellos. Y se durmió en sus brazos, apoyado en el hueco de su hombro, con las manos enlazadas a las suyas. Esperando que fuese suficiente. Pero no lo era.

Regresaron a aquel lugar tres días después para enterrar a sus hermanos tras honrar los cuerpos debidamente, como dictaban sus costumbres. Los sepultaron bajo las frías lápidas de piedra, mirando al norte. Y llovió hasta empaparlos por completo. Hasta que se formaron ríos que arrastraron la sangre de los Campos Antiguos. Ríos rojos. Y desde ese día se llamaron los Campos de Sangre –y a las tumbas que allí había se sumarían muchas más–. Y seguía a su lado, contemplando aquella melena roja como el fuego ahora lacia por el agua, las manos de ambos entrelazadas. Y él no había vuelto a decir nada desde que hablase por primera vez, pero tampoco había nada que decir.

Y cuándo sus hermanos se acercaron para cubrir los cadáveres, él no se movió. Siguió impasible, mirando los bultos cubiertos por las suaves mortajas blancas. Hasta que éstos desaparecieron, devueltos a la tierra a la que pertenecían, y por la que habían muerto. Y todos pronunciaron las palabras que los recordarían, y cantaron las melodías fúnebres. Menos él, que permaneció en silencio. Y siguió abrazado a su cintura, sujetándolo, o sujetándose a sí mismo.

Esperando que fuese suficiente. Pero no lo era...

* * *

Cuándo te conocí estaba dormido y fue por eso que tú me viste en sueños.

Y me despertaste...

...me despertaste mientras mis manos se aprendían de memoria tu cuerpo.

Mientras pronunciabas mi nombre en un susurro.

Mientras la noche se alargaba como las sombras que nos envolvían...

Y cuando amaneció me dio miedo abrir los ojos y no encontrarte.

Pero estabas...

Y supe qué eras tú a quien había estado buscando durante tanto tiempo...

...Y supe que siempre estarías ahí cuando abriese los ojos.

Y de nuevo pronunciaste mi nombre, en un susurro.

Elariel...

# Capítulo 5

## APÉNDICES: Cenizas y silencio

*Islandia, 780 d.c*

A pesar de que el fuego ardía en el hogar la estancia estaba helada, o a él así se lo parecía. Ella tiritaba en sus brazos mientras la acunaba con suavidad.

—No te veo...

—Aquí estoy, a tu lado —buscó su mano bajo las pieles y la apretó con fuerza. Estaba fría e inerte.

—No oigo llorar al bebé... ¿Está bien?

—Está dormido. Está bien, es fuerte, como tú. Descansa... —dijo besándola en la frente.

—Se parece a su padre... Tiene tus ojos, y tu pelo... — ella sonrío débilmente, una vez más.

—Así es, tiene mis ojos y mi pelo, pero también hay cosas de su madre en él. Tiene tu nariz y tu barbilla... y el mismo mal humor cuando tiene hambre —le susurró en el oído, y su sonrisa se ensanchó un poco más.

—¿Cuidarás de él?

—Sabes que lo haré.

—Está bien. Lo siento, sé que no querías un hijo...

Una lágrima solitaria descendió por su mejilla y él la atrapó con un beso; era salada, como el mar que ella amaba. Todo lo que había pasado y aquella era la primera lágrima que derramaba.

—Sssh... No pasa nada, *ástin mín*, no importa. Ya no importa… Duerme...

Ella sonrió una última vez y cerró los ojos. Y descansó. Descansó por fin. Y la abrazó fuerte, ya sin miedo a romperla.

Lejos estaban hoy los tiempos en los que a él le parecía que tenía toda la vida por delante. La encontró en una aldea dónde la iban a vender como esclava; no tendría más de doce años entonces y su pelo, rojo y alborotado, llamaba la atención sobre todo lo demás. Rojo como el fuego. Levantaba la nariz orgullosa pese a los moratones y la soga de las muñecas, y cuándo sus ojos se encontraron no vio miedo en ellos. Solo el reto, lanzado al aire con aquel mohín tan peculiar que llegaría a adorar mucho más tarde. Sintió lástima por aquella muchacha menuda y el destino que le aguardaba. El orgullo no casa bien con la esclavitud, sólo la obediencia lo hace, y de eso no encontró ni rastro en aquellos ojos azules. Antes de pararse a pensar en lo que hacía estaba pagando un buen precio por ella, mucho más de lo que valía. El cerdo que se la entregó lo miró desde su sonrisa sin dientes como compartiendo un chiste, y sabía

exactamente la clase de ideas que se le pasaban por la cabeza. Se guardó las ganas de destriparlo y le devolvió la sonrisa, tirando de la muchacha para alejarse rápidamente, antes de que esas ganas resurgiesen con energías renovadas. Ella lo miró con desprecio y no le sorprendió. Lo peor de todo era saber que una niña pudiese imaginar aquel destino –y las circunstancias que la habían llevado a imaginarlo–.

Durante todo el camino estuvo callada, sin quejarse ni protestar, sin pedir agua o una pausa. Nada. Varias horas a paso ligero subiendo por un camino de cabras, hasta su casa. Una casa en la que no solía pasar demasiado tiempo, pero suya, a fin de cuentas.

—Puedes irte o quedarte, haz lo que te plazca —le dijo una vez allí. Ella lo miró sorprendida, probablemente porque era lo último que esperaba escuchar... Y no se fue.

Limpiaba, cocinaba, se encargaba de todo durante sus largas ausencias y, a su vuelta, ella seguía allí. Siempre seguía allí. Hasta que un día se encontró mirando a los ojos a una preciosa mujer de pelo rojo como el fuego. Una mujer que lo hacía reír y olvidarse de las preocupaciones; que no hacía preguntas, por muy extrañas que le pareciesen las cosas. Eydís era tan obstinada y terca como él mismo; era una mujer que nunca aceptaba un no por respuesta. Y sin saber muy bien como había sucedido, se encontró queriendo volver a su casa cuando se iba, y echándola de menos cuando no estaba.

No supo cuanto tiempo había pasado así, salió de su ensimismamiento al sentir la mano de Arikel apoyada en el hombro.

—Es la hora, está todo listo. Lo haremos según sus costumbres, si te parece bien —él asintió para dar su consentimiento, sin ganas ya de hablar. Ni siquiera le parecía estar allí—. No te atormentes así, no es culpa tuya. Ella debe seguir su camino, y tú el tuyo.

Y era cierto, pero eso no significaba que tuviese que gustarle. Sus ojos escaparon una vez más hacia el pequeño bulto que había a los pies de la cama; no podía. Por los dioses que lo había intentado, pero no podía. No se sentía capaz ni de mirarlo. Le había prometido a Eydís que cuidaría de él y había fracasado.

—Yo me ocuparé del bebé —repuso su hermano, envolviéndolo rápidamente en la manta de lana.

Había muerto poco antes que ella. Desde que se puso de parto todo había ido de mal en peor. Yeialel la había atendido lo mejor que pudo, pero no fue suficiente. Nada fue suficiente. Después de dos días había perdido mucha sangre y estaba agotada, y el niño tenía la suerte echada nada más llegar. Yeialel lo había examinado  y lo vio en sus ojos cuando le devolvió la mirada: no podía hacer más, la naturaleza sigue su curso.

Era cierto que él no deseaba un hijo, pero después de tanto tiempo era lo único que ella le había pedido. Era injusto negárselo, después de todo... El niño podría crecer con su madre y, cuando llegase el momento en que ésta faltase, tendría un recuerdo vivo de un momento feliz. ¿Acaso había sido un egoísta pensando que podría tener algo realmente suyo? Había cedido y ahora… Ahora ambos estaban muertos.

—Te esperaremos fuera —dijo Arikel, antes de salir de la casa con el bebé en brazos. Su bebé. Oh, padre…

Lavó el cuerpo y lo envolvió en el lino blanco. Le cepilló el largo cabello rojizo y lo trenzó como a ella le gustaba llevarlo. Como tantas veces se lo había trenzado él mientras se daban un baño. Cuando hubo terminado la tomó en brazos y salió. Hacía frío, pero no le molestaba. Necesitaba sentir el invierno en la cara para despejarse. Había creído que podía hacerse a la idea de perderla, emparejarse con un mortal era la crónica de una muerte anunciada. Y aún así se dio cuenta de que nunca hubiese estado preparado; jamás podría haber estado listo para decirle adiós.

Bajó el camino hasta llegar a la pira que sus hermanos habían preparado y la depositó allí con cuidado. Su hermano colocó al bebé a su lado. No tenía nombre, su paso había demasiado sido fugaz. Demasiado humano. Y el eco de su fracaso lo golpeó una vez más en la garganta. Rodearon los cuerpos con las ofrendas, y se acercó para besarla una última vez y cubrir su rostro. Sus ojos se desviaron al pequeño bulto de nuevo, vislumbrando un dorado e hirsuto rizo que escapaba de la manta azotado por el viento. Apartó enseguida la mirada y Arikel volvió a cerrarla correctamente –adelantándose, como siempre, a lo que él necesitaba–. Sus hermanos recitaron las palabras rituales; él permaneció callado. Malditos fuesen los dioses. Los antiguos y los nuevos. Al infierno con todos ellos y con su intervención divina.

Elariel pasó la mano por la madera recién cortada y esta ardió. Ardió, y Elariel dio forma a las llamas, como si fuesen una extensión de sí mismo, e hizo que se extendiesen devorándolo todo. Ella ya no pasaría frío.

Y cantó una vez más, mientras el dolor le desgarraba el pecho. Cantó. Y sus tres hermanos permanecieron a su lado, hasta que sólo quedaron cenizas y silencio.